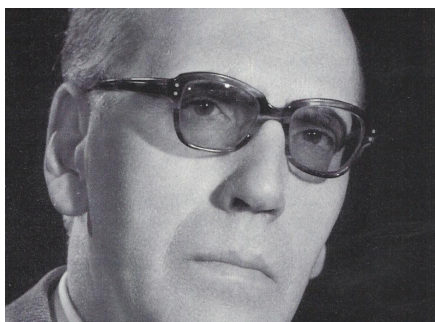


José Pérez Vidal

Por Carmen Díaz Alayón

Estamos ante uno de los principales intelectuales canarios del siglo XX y, sin duda alguna, ante un conocedor destacado de las claves de la cultura insular tradicional. Escritor, docente comprometido e investigador incansable, en sus estudios se adentra sobre todo en los campos de la literatura, la lengua, la etnografía y la historia, en los que sus aportaciones vienen a iluminar parcelas de singular relevancia y alcanzan, por su calado y por su interés, el reconocimiento general. Además de esto, una parte esencial de su legado es el ejemplo que nos deja como amante del saber, como hombre honrado, humilde y sereno, por más señas.



Quién es

José Pérez Vidal nace en Santa Cruz de La Palma el 20 de octubre de 1907 y en esta misma ciudad muere el 21 de julio de 1990. Da muestras desde bien pronto de sus posiciones progresistas y sociales, de su defensa del republicanismo y de sus inquietudes culturales y literarias. Los estudios universitarios los inicia en La Laguna y, entre otras cosas, ello le permite ver de cerca cómo cuaja el proyecto de *La rosa de los vientos*. La primera parte de los años treinta, sin duda alguna, es decisiva en su formación y en el diseño personal de su futuro. Esto es así porque al tiempo que completa su licenciatura de Derecho en la Universidad Central, conoce muy bien la intensa actividad intelectual y cultural que tiene lugar en Madrid, y mantiene contacto con una buena parte de los que la hacen posible. Son años en los que amplía los temas que atraen su atención, como es el caso de los de carácter histórico, entre los que destacan los que se refieren a Francisco Díaz Pimienta y a Valeriano Fernández Ferraz, y junto a esto, también son los momentos del arranque de la que va a ser su amplia producción de trabajos etnográficos, que se abre con «La rapadura» (*Azor*, núm. 14, 1933) y que también marca el inicio de una sección relevante en el conjunto de su obra: los estudios sobre el azúcar. Otro tanto se puede decir de su interés por la literatura popular canaria, del que, poco después, también en *Azor* (núm. 17, 1934) nos deja ver una muestra temprana. Especialmente relevante es su relación con Agustín Millares Carlo, con el que colabora de manera amplia. Una ilustración gráfica de esta etapa la tenemos en la foto que se le hace en el estudio de Gregorio Toledo, en la calle Marqués de Cubas.



Fuente: Biblioteca José Pérez Vidal, Santa Cruz de La Palma

Toda esta actividad de Pérez Vidal la trastoca la Guerra Civil. En el verano de 1937 se le nombra profesor de Lengua y Literatura del Institut Escola Manuel B. Cossío de Sabadell, y a comienzos de septiembre del año siguiente sigue en este puesto, pero la evolución de la contienda hace que tenga que pasar a Francia y luego vuelve a entrar en suelo nacional por el País Vasco y acabará de huésped del campo de concentración del Frontón de Gros en San Sebastián.

En 1942 se incorpora al profesorado del Instituto de Santa Cruz de La Palma, invitado por el entonces director Juan Álvarez Delgado. En estos años dedica buena parte del tiempo libre a la recogida de las peculiaridades del folklore palmero. Unas veces hace estas labores por mediación de algunos de sus alumnos en el Instituto, y en otras ocasiones las realiza directamente, llevando a cabo numerosas exploraciones en todos los términos de la isla, lo que le permite ofrecer nuevas contribuciones, más documentadas y completas, en este sentido. El proyecto más importante que acomete en los años cuarenta es su edición de la *Colección de voces y frases provinciales de Canarias* de Sebastián de Lugo, una aportación espléndida, muy bien anotada y cuidada hasta en sus más pequeños detalles.

En el año 1948 entra en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que está ligado hasta el final de su vida profesional activa y en el que desarrolla una valiosa e intensa labor, adscrito al Centro de Estudios de Etnología Peninsular y que luego pasa a denominarse Departamento de Dialectología y Tradiciones Populares, dentro del Instituto «Miguel de Cervantes». Entre los años 1954-1969 simultanea su trabajo en el Consejo con el de conservador técnico del Museo del Pueblo Español y, finalmente, deja este último puesto para ocuparse plenamente del primero de ellos y en él permanece hasta su jubilación. Todos estos años de estudio y dedicación quedan reflejados, de forma lógica, en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, que es el medio más cercano tanto por motivos profesionales como por intereses científicos, y que proporciona abundantes referencias de una buena parte de su labor en distintos niveles. Sus artículos en la *RDTP* se abren en el vol. III (1947), en el que se publican sus dos primeros trabajos y a ellos sigue una veintena larga de aportaciones que llegan hasta el vol. XLIII (1988) con «Influencia portuguesa en el léxico vitivinícola de Canarias», que constituye su despedida de esta revista, a la que ha estado vinculado durante cuarenta años. No

es ninguna casualidad que este conjunto de artículos se abra y se cierre con trabajos sobre el Archipiélago, porque con la salvedad de unos pocos casos, la mayoría de ellos se refieren a las Islas y constituyen piezas esenciales de los estudios insulares.

Paralelamente a su trabajo en el CSIC y a sus publicaciones en la *RDTP*, sus colaboraciones en *El Museo Canario* y en la *Revista de Historia* se mantienen a lo largo del tiempo y luego se amplían al *Anuario de Estudios Atlánticos*.

Valor y significación de su obra

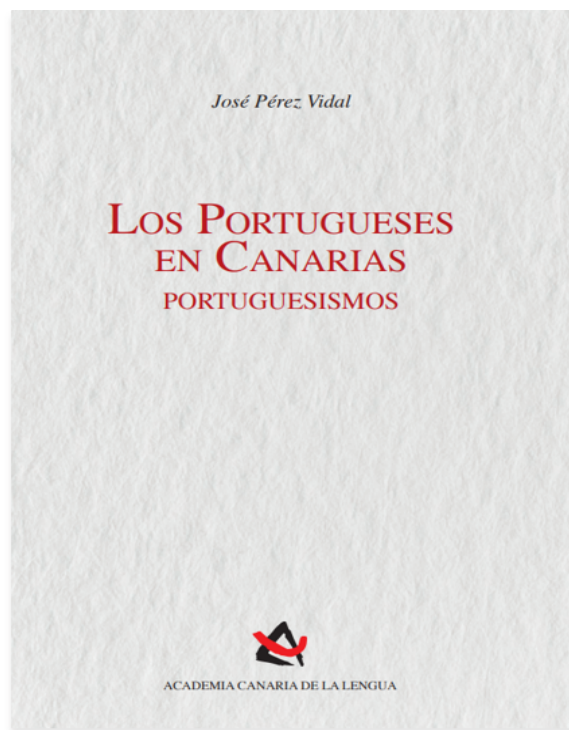
Considerada en su conjunto, la obra de Pérez Vidal muestra una apreciable unidad desde los frutos iniciales hasta las aportaciones de la madurez y no admite disección o parcelación en etapas o periodos. Los temas que siempre le van a preocupar y a atraer, los aborda desde muy pronto.

El campo literario le llama la atención desde diferentes perspectivas. En lo que se refiere al nivel creativo, da muestras tempranas de sus inquietudes a este respecto, como se refleja en la prensa palmera y tinerfeña de los años veinte, que recogen varias composiciones de juventud, pero interesan, de manera especial, las que da a conocer en sus años de universitario. La más conocida es, sin duda, el poema del barquero, que aparece en el núm. 5 (1928) de *La rosa de los vientos*; y luego, al tiempo que sigue con sus estudios en Madrid, ven la luz otras creaciones, como «Señales del tráfico» (*Nueva Revista*, núm. 5, 1930) y «La cometa» (*La luna y el pájaro*, núm. 1, 1931), ambas en prosa, y que se divulgan en revistas literarias de vida muy corta, pero que resultan indispensables para hacernos una idea cabal de los entresijos de las letras y la cultura del momento. Con el tiempo, nuestro autor va a dejar a un lado la arista creativa, muy pronto absorbida por el artículo periodístico, el ensayo y la publicación académica, pero eso no significa que su interés por lo literario desaparezca, sino que se va a orientar en otras direcciones. Vemos, así, que también le atrae la divulgación de determinadas producciones, como se puede ver en su edición, en 1944, de varias composiciones de Juan Bautista Poggio Monteverde, una aportación relevante con la que se abre la «Colección de libros raros o curiosos de las Islas Canarias», que tiene al frente a José Manuel Trujillo. En este caso se acierta en la oportunidad y la necesidad de la iniciativa, porque –recordemos que estamos hablando de algo que sucede ochenta años atrás– es la primera vez que modernamente se reúnen en un volumen varias composiciones de Poggio Monteverde. Y también se acierta en la forma con la que se nos acerca al poeta palmero, no solo con las creaciones publicadas, sino también con las notas introductorias del editor, que atinan en la pintura de Juan Bautista Poggio y de su obra. Junto a esto, la muestra más destacada de que a Pérez Vidal le interesan de modo muy especial las aristas históricas, sociales y personales de algunos autores, la tenemos en su particular acercamiento a Benito Pérez Galdós y a su obra, con toda una serie de aportaciones de diferente amplitud y que superan la veintena, concentradas en la realidad personal del «Galdós canario» y en los vestigios de su tierra en la obra literaria y en la personalidad de este autor. Yolanda Arencibia, magnífica conocedora de este legado galdosiano que Pérez Vidal va tejiendo a lo largo de muchos años, nos señala los ámbitos que toca, desde asuntos de historia y de biografía, abiertos a acontecimientos generales y a reconstrucciones cercanas de los canarios que coincidieron con don Benito en Madrid, y apuntes sobre idiosincrasia y personalidad del escritor, hasta incursiones en el Galdós periodista y en el crítico literario, indagaciones sobre el lenguaje y las técnicas literarias del novelista y, por supuesto, las recopilaciones de textos y ediciones en su momento novedosas.

De igual forma le van a interesar el romancero y la poesía tradicional, de los que deja magníficos estudios, al igual que otros relativos a la etnografía del Archipiélago, como los que se refieren a la cestería, los dulces y las conservas almibaradas, los usos y costumbres, la

arquitectura popular y el folclore. En ellos Pérez Vidal nos enseña que ha existido, y subsiste, una cultura tradicional canaria bastante rica y diferenciada, constituida principalmente por elementos culturales llegados desde muy diversos puntos después de la conquista de las Islas, y que un buen número de estos elementos culturales importados experimentaron desde muy pronto alteraciones más o menos considerables para adaptarse a las circunstancias insulares, y estas variantes han sido una de las expresiones más características de la cultura de nuestras Islas, porque es en ese espejo de las adaptaciones donde mejor se le ve la cara al canario. Por todo esto piensa que uno de los trabajos más recomendables de la antropología es el de recoger las manifestaciones y componentes de la cultura tradicional antes que desaparezcan. Hay que hacer un registro fiel, ordenado, sistemático de toda la tradición canaria, observando el comportamiento de los elementos de la cultura tradicional ante el paso del tiempo. Y esta es una tarea que considera especialmente importante porque, si los canarios no tienen esta preocupación y dejan desvanecer su tradición y su historia, perderán sus raíces y llegarán a sentirse extranjeros en su propia tierra.

Otra sección manifiestamente importante de los artículos que Pérez Vidal publica se dedica a rastrear, en diferentes ámbitos, la huella lusa en nuestra historia y en nuestra cultura. Sus conclusiones dan cuenta del intenso intercambio comercial entre Canarias y Portugal, de la presencia en el Archipiélago de elementos etnográficos y folklóricos portugueses, de la existencia en la arquitectura popular isleña de modelos constructivos semejantes a los lusos tradicionales, de la numerosa población portuguesa que se establece en las Islas y que tiene un relevante protagonismo en la configuración de la sociedad insular de entonces. Junto a esto, nuestro autor da cuenta, además, del amplio material de extracción portuguesa existente en la toponimia, la antroponimia y, especialmente, en el léxico de Canarias, que va a ser un tema de estudio por el que siente una especial preferencia y en él se adentra una y otra vez. Definitivos son sus trabajos «Clasificación de los portuguesismos del español hablado en Canarias» (1966), «Fenómenos de analogía en los portuguesismos de Canarias» (1967) y «Comportamiento fonético de los portuguesismos en Canarias» (1968).



Igualmente fecunda es su labor en la parcela lingüística. Todos aquellos que nos hemos adentrado en el estudio de las hablas insulares, y más concretamente en la consideración del léxico isleño, podemos dar cumplida cuenta de la valía de la obra de Pérez Vidal en este campo. Y esto es así porque en nuestro investigador se aúnan, en síntesis afortunada, dos perspectivas que aseguran el éxito de sus estudios dialectológicos y lingüísticos. Al analizar el habla insular, porque la conoce y ha hecho uso de ella como medio habitual de expresión, cuenta con la facilidad de conocer el alma del español canario: los valores y matices semánticos de las palabras, el sentido de las expresiones, el carácter popular o afectado de unas y otras, cuanto atañe al meollo mismo del habla. Pero también, por sus circunstancias vitales, Pérez Vidal pudo analizar el habla insular desde fuera, pudo contemplar el habla en su conjunto y en sus relaciones; pudo determinar lo que existe en ella de característico y lo que debe a otras hablas o a la lengua general, todo cuanto respecta a su fisonomía y su conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

- Galdós en Canarias (1843-1862)*, Madrid, El Museo Canario, 1952.
Canarias en Galdós, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979.
Los estudios del folklore canario. 1880-1980, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Ministerio de Cultura, 1982.
Estudios de etnografía y folklore canarios, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife, 1985.
Folclore infantil canario, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria I.C.E.F., 1986.

Galdós: años de aprendizaje en Madrid. 1862-1868, Ed. Vicepresidencia del Gobierno de Canarias, 1987.
El romancero en la isla de La Palma, Santa Cruz de La Palma, Ediciones del Cabildo Insular de La Palma, 1987.
Aportación de Canarias a la población de América. Su influencia en la lengua y en la poesía tradicional, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1991.
Los portugueses en Canarias. Portuguesismos, prólogo y edición de Carmen Díaz Alayón, Academia Canaria de la Lengua, 2024.

* * *

ARENCIBIA SANTANA, Y., “Pérez Galdós en la perspectiva de Pérez Vidal: un reencuentro y algunas acotaciones”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 54-II, 2008, pp. 413-429.
DÍAZ ALAYÓN, C. (ed.), *Homenaje a José Pérez Vidal*, La Laguna, Excmo. Cabildo Insular de La Palma, etc., 1993.
DÍAZ ALAYÓN, C., “Inventario bibliográfico de José Pérez Vidal”, *Revista de Estudios Generales de la isla de La Palma*, 1, 2005, pp. 45-89.
FERRAZ LORENZO, M., “Avatares del Instituto de Segunda Enseñanza de La Palma durante la etapa docente de José Pérez Vidal (1942-1948)”, *Revista de Historia Canaria*, 197, 2015, pp. 79-96.
GONZÁLEZ BRITO, M.^a R., M. POGGIO CAPOTE y V. J. HERNÁNDEZ CORREA, *Migajas caídas. Bibliografía de José Pérez Vidal*, Isla de La Palma, Cartas Diferentes Ediciones.
LÓPEZ, E. y A. CEA, *José Pérez Vidal: entrevistas sobre su vida*, Excmo. Cabildo Insular de Millares Carlo, 30, 2014, pp. 302-329. La Palma, 1987.

PÉREZ HERNÁNDEZ, J. E., “José Pérez Vidal: delegado del gobierno en La Palma”, *Boletín*

Selección de textos

Textos escogidos de José Pérez Vidal

1

Barquero, amigo barquero,
llévame al mar en tu barca,
que está mi barquita rota
y yo me muero en la playa.
Toda la mar hoy es verde.
Quiero ir donde tú vayas:
a la mar de las tormentas
a la mar de las bonanzas;
no me alegra el que sea buena
ni me aflige el que sea mala:
quiero la mar, ¡la que sea!,
que yo me muero en la playa.
¡Barquero, amigo barquero,

llévame al mar en tu barca!

2

SEÑALES DEL TRÁFICO

Timbre. Rojo. Stop.

Las aceras se desbordan, atropelladamente, por el estrecho canalizo del “paso de peatones”. Los vehículos se agarran del suelo con el rugiente encogimiento de la fiera que tiene que refrenarse ante el borde imprevisto.

Y mientras las gentes cruzan, las miradas de los “autos” tienen convergencias de odio, reojos de venganza, trepidaciones impacientes... Pero ya el guante blanco ordena prisas...

Timbre. Verde.

Color de vientos y de corrientes marinas. Precipitado de velocidades. Signo del instante terrible en que el último peatón corre en un retorcido flaquear de miedos. En que las compuertas de los pretiles se cierran. En que todas las furias contenidas se desatan...

* * *

En el ejército de los vehículos los tranvías forman el pelotón de los torpes. Todos los días haciendo el mismo trayecto y todavía necesitan seguidor para no torcerse y llevar escrita la dirección en la frente para no olvidarla.

* * *

Los vehículos también tienen sus enfermedades. Los “autos”, por lo general, padecen de los oídos. Da lástima ver con la crueldad con que les levantan las orejas para curarlos.

Los “renaults”, sin embargo, de lo que suelen enfermar es de la garganta. Los chófers –especialistas en otorrinolaringología mecánica– para hacerles la cura les abren la boca y realizan, aun en plena vía, la prueba del artista de circo que mete la cabeza en las fauces de la fiera.

* * *

Tilín, tin. Tilín, tin.

Entre el carraspeo aguardentoso y trasnochado de los claxons y las voces solemnes o atipladas de las bocinas, la campanilla de los tranvías pone una nota sana, primitiva... El bucólico sabor de su tintineo pudiera ser causa de que la envidiaran y pidieran las camionetas de las granjas agrícolas.

* * *

Quienes más suelen utilizar las bajadas del “Metro” para cruzar la calle son las parejas de enamorados, el señor que nunca tiene prisa y el que se tapa la boca al salir a la calle de noche.

* * *

Las porras inéditas de los agentes del tráfico deben haberse estado reservando para servir de hisopos en los asperges veloces de los entierros en “auto”.

* * *

La bicicleta es la corriente afilada de aire que se cuela por las rendijas del tráfico. Como no es nada más que eso, ni derriba árboles ni destartala kioscos. Pero por ser solo eso, desgraciado del que se ponga en la rendija imprevista.

* * *

El frío grasiento de los atardeceres agrava el catarro crónico de los claxons que, entonces, carraspean desesperados.

3

LA COMETA

A la rueda, rueda, rueda... la rueda de los tiempos de los juegos infantiles. ¡Qué caprichosos los geniecillos que la impulsan y dirigen! Hasta ayer, parada en el juego de bolos; antes, en el de la peonza; ahora el geniecillo protector de los modistos en papel la ha detenido en el tiempo de las cometas. Y como siempre en los demás juegos, la cometa ha vuelto a estar de moda.

Síntesis china, cabeza de larga coleta, ya la tenemos poniendo en fiesta el cielo de todos los días.

Solemnes, caracoleantes, en las oficinas del aire fiscalizando las nuevas que llevan las brisas, rubriqueando las noticias radiotelegrafiadas, infundiendo bondad y alegría a todas las desgracias transmitidas que rosan sus colorines.

Cuando me comuniquen algo funesto, que la comunicación se enrede en el rabo rizado de una cometa. Así no podré recibir el conocimiento de mi desventura sino con esa rosada indiferencia con que los niños ven que los visten de luto.

Vibra el entusiasmo inicial de toda moda. Izan las cometas los primeros cantos de los gallos y hasta el alto atardecer, animan de verbena las avenidas de todos los vientos. Sólo entonces se inicia el aterrizaje. Una tras otra, como enormes arañas, todas las cometas se van sorbiendo el largo hilo que las cautiva hasta llegar a tierra.

La que se quede última ya tardará en posarse. Esa tendrá que aguardar hasta que la tarde dicte sus últimas cláusulas, hasta que el sol ponga sus últimos lacres, hasta que el silencio inicie sus resposos. Es que la última es la majestuosa rubricadora, notaria del día.

4

[POGGIO MONTEVERDE]

No es una novedad. El escritor, como todo hombre –incluso el genio, en gran parte–, es hijo de su país y de su tiempo. Juan Francisco Poggio Bracciolini, en la Roma cismática y corrompida y a la vez ávida de cultura de la primera mitad del cuatrocientos, hubo de cuajar en satírico y humanista. Juan Bautista Poggio Monteverde, 1632-1707, de sangre italiana también, pero surgido en la España barroca y decadente de los últimos Austrias, tuvo que desembocar en el verso torneado y la amarga sentencia.

Nace Poggio y Monteverde en Canarias –ángulo de occidente y mediodía, ensueño y color–; se licencia en Salamanca, y allí se entraña en las ideas y gustos de la época. En Quevedo aprende el tono agudo, cortado y sentencioso; la tradición ascética, estoica y senequista. De Calderón recoge el verso atormentado y retorcido, el brillo y la metáfora, la estructura y los problemas del teatro sacramental. La influencia del autor de la *Epístola satírica y censoria* se

habría de apreciar especialmente en sus sonetos; la del artífice de los *autos*, en sus *Loas sacramentales*.

Vuelto a la isla de la Palma, ejerce de abogado, y ya maduro, es nombrado teniente de corregidor. Más tarde abraza el estado sacerdotal y desempeña puestos de visitador y vicario.

Escribió loas para los festejos de la Bajada de la Virgen, comedias para la festividad del Corpus Christi, pasillos para la noche de Navidad, sonetos, himnos, canciones, romances, etc. Pero la mayor parte de esta producción está, al presente, extraviada y, quizá, por desgracia, para siempre perdida.

Hoy que de nuevo se vuelve la mirada hacia el seiscientos –comprensión del barroquismo: Góngora, Calderón, la arquitectura–, la publicación de este haz de poesías de Poggio y Monteverde vale como doble devoción al poeta y a la actualidad. Poggio es uno de los poetas más pulcros y brillantes de Canarias y, sin duda alguna, el más representativo de la centuria barroca.

(Introducción a *Poesías de Juan Bautista Poggio Monteverde*, Las Palmas, 1944).

5

INFLUENCIAS GEOGRÁFICAS EN LA POESÍA TRADICIONAL CANARIA

Las Canarias, como todas las islas, y más aún las de corta extensión como ellas, hay que imaginarlas rodeadas de puertas por todas partes, puertas libres y francas por donde entran las influencias y elementos más extraños. Las islas son consideradas por los geógrafos como uno de los territorios más abiertos y acogedores. Todos los puntos de sus extendidos o recortados confines están en contacto con el mar y constituyen otras tantas entradas para las novedades forasteras. Además, el mismo aislamiento y la estrecha limitación de las islas generan dos factores humanos y recíprocos que favorecen el ingreso de elementos de las más diversas procedencias. Uno es la mágica atracción que hacia las islas –especialmente mientras la navegación ha estado rodeada de cierto aire de aventura– han sentido los mareantes de todas las latitudes. De todas las islas ha salido, en la infancia de su incorporación a la cultura universal, la llamada vaga e insinuante pero irresistible de sus míticas sirenas. El otro factor está constituido por lo más entrañable y hondo del alma isleña: una consoladora, imprecisa e insaciable esperanza; las islas pequeñas, casi sin solar, se consuelan de su soledad y desolación esperando. Tienen los brazos de su alma, como los de sus cabos, tendidos al horizonte y dispuestos a recibir con alborozo cualquier cosa que a ellos arribe. En la vigilante balconada de todos los riscos isleños se adivina el espíritu soñador y tierno de una Dácil, la princesa indígena de Canarias, con la mirada puesta en la lejanía y la súplica anhelante en el “incierto mar”: [...]

Además de todas estas concausas determinantes del ambiente acogedor isleño comunes a todas las islas, hay otra no menos conocida, que tiene un valor extraordinario en relación con las Canarias: la especial situación de éstas. Situado el archipiélago en un punto crucial de los más frecuentes rumbos entre Europa, África y América, ha sido como un filtro y remanso de las relaciones entre los tres continentes. A través de sus costas se han canalizado las más contrarias corrientes culturales, que han dejado en ellas densos y duraderos sedimentos. [...]

Examinados ya los factores geográficos que han contribuido a nutrir el acervo folklórico canario, corresponde ahora estudiar las causas que han participado en el arraigo y conservación de los elementos importados. En primer término se nos presenta con categoría de causa fundamental el espíritu mismo de la isla, que si es ansioso e insaciable, también practica la guarda cuidadosa. La isla es conservadora como todo microcosmos consciente de su limitación

y pobreza. Ahora bien, su conservadurismo no llega a anquilosarse y a rechazar las nuevas aportaciones. En las islas existe la tradición viva, pero al mismo tiempo la puerta abierta.

En segundo término, ha contribuido, y no con menor fuerza, a conservar la tradición en Canarias, lo quebrado de su suelo y el régimen minifundista de su propiedad. Los repartimientos del suelo canario, hechos a continuación de la conquista, aumentaron el aislamiento dentro de las islas. Cada donatario edificaba su albergue y se establecía en el lote de tierra que le había concedido quien tenía facultad real para ello: unos, en terrenos costeros; otros, en un llano o en un valle alto; no pocos, allá arriba, en plena cumbre. Aislados de este modo dentro de la isla, en un doble aislamiento, sin más relación mutua que la determinada por las fiestas, ferias u otras ocasiones no cotidianas, los conquistadores y nuevos pobladores del archipiélago debieron de guardar como reliquias los recuerdos de su tierra de origen. Los cantos y oraciones aprendidos de la patria lejana tuvieron que ser vigoroso consuelo de la soledad en que vivían. La escasez de comunicaciones, que se mantuvo casi invariable hasta tiempos bastante recientes, dilatava largamente la llegada de nuevos cantos que pudieran desplazar a los primeros, y así, éstos sin competencia, arraigaban sin dificultad.
(*Poesía tradicional canaria*, pp. 133-134).

6

LA ISLA GÓTICA

La isla de la Palma es una isla recia, enriscada y viva. Abajo, su perímetro breve se hunde rápido en lo azul del mar. A sus pies se humilla el blanco y el azul del mar y de la espuma. Arriba, sus cumbres agudas y cortantes se pierden atrevidas en el azul del cielo. El blanco y el azul del cielo y de la nube se desgarran en ellas.

Hay islas bajas, indolentes, abandonadas –de espaldas sobre las olas– a sueños lentos de balsa o armadía. La isla de la Palma, por el contrario, vigila todos los rumbos, erguida, a pie firme y desvelada, como una antena sobre el mar. Aquellas –las islas bajas– no son verdaderas islas; son, más bien, solares para islas. La de la Palma, sí, es una isla completa y con remate. La inspiración ardiente de los volcanes la ha concebido, y con la exaltación incontenible de cien erupciones, se ha ido elevando, atormentada, como una isla gótica.

La isla de la Palma tampoco es –ya está anotada la brevedad de su pie– una de esas islas inmensas –Madagascar, isla de Cuba– aprendices de continentes. En la Palma, no solo las costas, sino hasta los valles recónditos del interior, están oreados por la brisa marina. Y no hay palmero, cualquiera que sea su oficio, que no tenga en el alma tatuajes de marinería. Cualquier tema marítimo, desde la pesca con caña ribereña hasta la engolfada navegación, halla en la isla las mismas resonancias que las brisas en los salitrosos tarajales costeros. Los isleños son marineros en su gigantesco navío petrificado. ¡Qué delicia la del isleño, en la isla pequeña, al ver un buque surcar el mar enmarcado de la ventana, y creer que es él, en la isla, y no la nave, quien navega!

(*Viento y tormenta de una vocación*, Santa Cruz de Tenerife, [1944], pp. 3-4).

7

DE CANARIAS Y AMÉRICA

El hombre no es sólo hijo de sus padres, sino también del lugar de su nacimiento. Si los padres le dan el ser, el pueblo natal le da la norma y modelo radical de vida.

En ambientes extraños de superior nivel cultural, el hombre retrae y guarda las maneras y gustos de su pueblo en lo más íntimo de su espíritu. A veces, sin embargo, una canción, una comida, un paisaje rompen el espiritual recogimiento y todos los recuerdos nativos afloran jubilosos y se imponen por un momento. El hombre, durante esos instantes, ventila y orea lo más hondo de su vida.

En los ambientes inferiores, por el contrario, tratamos de imponer las costumbres y normas tradicionales de vida del país en que hemos nacido y nos hemos criado. Procuramos asimilar el pueblo ajeno al nuestro para llegar a vivir en él como en el propio.

En los casos, por último, en que ningún núcleo humano, ni siquiera inferior, cohibe en tierra extraña la realización de las naturales inclinaciones, el colonizador intenta reproducir su país de origen. Los descubridores y colonizadores del Nuevo Mundo tuvieron siempre presente el Viejo de la dominación, trazado y organización de sus fundaciones. Y así no resultó raro que abundasen tanto las réplicas de nombres geográficos: Nueva España, Nueva Granada, New York, New Orleans...

El canario, en su comportamiento en tierras extrañas, no iba a ser una excepción respecto de los demás tipos humanos. Y a dondequiera que fue, especialmente cuando se desplazó en grupos de familias, llevó consigo el vivo recuerdo de sus islas.

En los territorios conquistados y colonizados en Nueva Granada por el segundo Adelantado de Canarias y por su hijo, no tardaron en fundarse sendos núcleos de población con los nombres de Tenerife, Las Palmas y La Palma. Y donde no se pudo aplicar el nombre de las islas o de sus ciudades, se trasplantaron los nombres de las calles; en Montecristo, por ejemplo. Fundado en la isla de Santo Domingo por canarios, tenía a los pocos años diez calles, y entre ellas, la de Triana, la del Castillo, la de la Peregrina, la del Sol, la de San Francisco, la de Fragoso...

No se tienen noticias de cual fuese la traza y estilo de las casas de estas calles. Seguramente reproducirían el estilo y la traza de las casas de Canarias. Así, por lo menos, sucedió en otros lugares mejor estudiados: Cartagena de Indias, Antioquia.

Y dentro de estas casas construidas y habitadas por isleños en tantos lugares de América, desde Texas, La Luisiana y La Florida, hasta Montevideo, se habló, y en muchas partes todavía se continúa hablando, el español de Canarias. Y en la comida cotidiana no faltaron los elementos de la alimentación isleña. Y en las expansiones y fiestas no se encontraron mejores modos de expresar la alegría que con los bailes y cantos de las islas. Y en los momentos de desgracia e incertidumbre, no se impetró, en fin, el auxilio divino sino a través de los mismos santos intercesores a que se había acudido en el Archipiélago: la Virgen de Candelaria, Ntra. Señora de los Remedios, Santa Ana...

Diario de Avisos (Santa Cruz de La Palma), 2 de julio de 1955.